

¿QUIÉN ERA MAX WEBER?<sup>1</sup>

Al conocer la noticia de la muerte de Weber en 1920, gran parte de la comunidad académica alemana pudo pensar que se refería a Alfred Weber, profesor de Economía en la Universidad de Heidelberg. Aunque su hermano mayor Max había regresado recientemente a la vida pública, todavía era conocido principalmente como propagandista finisecular de un imperialismo nacional vigoroso y autor de algunos artículos importantes, aunque ocasionales, en revistas especializadas. Si bien había reanudado con ciertos titubeos la enseñanza y había recobrado un papel político más activo –después de renunciar a su puesto en Heidelberg en 1903 debido a una profunda depresión–, la reputación académica de Max Weber seguía limitada en el momento de su muerte a un círculo intelectual relativamente estrecho en Centroeuropa.

A partir de aquel momento, no obstante, el hermano mayor reclamó póstumamente su primogenitura: pocos años después, Alfred se quejaba de que sus alumnos estaban más interesados en «Marx y Max» que en sus propias lecciones. En primera instancia, esto se debía en gran medida a los esfuerzos de su viuda Marianne, que no sólo promovió incansablemente la obra de Weber, sino que también, y en un sentido muy real, «creó» al Max Weber que conocemos hoy. En el momento de su muerte, sus únicas obras publicadas eran los dos textos necesarios para una carrera académica, mientras que el cuerpo principal de su obra –la colosal *Wirtschaft und Gesellschaft* [Economía y sociedad] y *Die protestantische Ethik und der «Geist» des Kapitalismus* [La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo]– languidecía en forma manuscrita y sólo había aparecido fragmentariamente en revistas especializadas. Fue Marianne la que reunió y ordenó los textos no publicados para ediciones póstumas, asegurándole así una reputación creciente, aunque todavía limitada, en la República de Weimar. La sacralización internacional llegó con la traducción de *La ética protestante* al inglés y su publicación en 1930 por Talcott Parsons, quien hizo un uso muy selectivo del texto de Weber para la construcción

---

<sup>1</sup> Joachim RADKAU, *Max Weber. Die Leidenschaft des Denkens*, Múnich, Carl Hanser Verlag, 2005.

de su propio funcionalismo estructural. Fue esa edulcorada versión transatlántica la que se reimportó a la incipiente República Federal, presentando a Weber como un «buen» alemán, no contaminado por la colaboración con los nazis ni por veleidades marxistas.

En 1959 esa imagen fue decisivamente cuestionada por el estudio *Max Weber und die deutsche Politik [Max Weber y la política alemana]*, de Wolfgang Mommsen. La meticulosa reconstrucción que éste hizo de la «imperturbable política de poder» de Weber hizo furor en la Alemania de Adenauer. El contraataque –y, en cierta medida, exitosa recuperación– fue encabezado por el propio Parsons en el *Soziologentag* de Heidelberg en abril de 1964. La influencia de Weber como previsor defensor liberal de la «ética de la responsabilidad», teórico de la modernidad y fundador de la empresa peculiarmente moderna de la sociología siguió creciendo, tanto en Alemania como internacionalmente. Sus conceptos genéricos –la «ética protestante», el «liderazgo carismático», la «racionalización», el «desencanto» y los «tipos ideales»–, que constituían menos una tendencia o escuela precisa que una atmósfera que empapa las ciencias sociales, han entrado en el léxico de la vida intelectual moderna, aunque muy a menudo despojados del contexto original de su formulación. El prestigio de Weber sigue siendo tal que Lawrence Scaff pudo argumentar que quienquiera «que consiga que se acepte su propia interpretación de Weber podría determinar la evolución futura de las ciencias sociales»; «Weber es poder».

Hasta ahora, ese enmascaramiento de la dimensión política del pensamiento de Weber se ha visto acompañado por un silencio parecido sobre su historia sexual y psicológica. El interés por el legado de Weber no ha dado lugar a muchos intentos de presentar un retrato general de su persona. Aparte de varias biografías «intelectuales» y numerosos estudios especializados, su única «biografía» ha sido la *Lebensbild* [biografía] de Marianne Weber publicada en 1926. Junto con un repaso a su historia familiar, su vida intelectual y sus compromisos políticos, ofrecía algunos atisbos, prudentemente seleccionados, del sufrimiento personal del pensador durante sus siete años de depresión; y no es nada extraño que el devoto retrato de la viuda tendiera al panegírico. El considerable talento literario de Marianne contribuyó a presentar a un trágico titán de estatura histórico-mundial; las líneas finales de su en parte biografía y en parte apología desembocan en una falacia patética difícilmente creíble: «Mientras agonizaba estalló una tormenta y los relámpagos se reflejaban en su pálido rostro [...] la tierra había cambiado». Esa imagen contribuyó no poco a la formación de casi un culto en torno al «mito de Heidelberg». La obra de Marianne, traducida tardíamente al inglés, en 1974, como *Max Weber. A Biography*, ha sido durante mucho tiempo, pese a sus obvias limitaciones, la referencia canónica para los que buscaban un retrato más completo de la vida y obra del pensador. Se echaba en falta una nueva biografía, tanto para cubrir los recientes avances en el estudio académico de Weber, como para contemplarlo desde una mayor distancia temporal y afectiva.

El libro *Max Weber: die Leidenschaft des Denkens* [*Max Weber: La pasión del pensamiento*], de Joachim Radkau, pretende llenar ese vacío en poco más de un millar de páginas, que incluyen un importante aparato erudito. Radkau ha reunido gran cantidad de datos de fuentes muy diversas: la edición en curso de sus *Gesamtausgabe* [obras completas] por la editorial Mohr Siebeck de Tübinga, estudios biográficos anteriores y sobre todo el archivo familiar, celosamente guardado y normalmente inaccesible a los investigadores. En particular, la correspondencia no publicada entre Weber y las mujeres a las que se sintió más próximo —esposa, madre, amantes—, junto con las menciones de éstas en relación con él, proporcionan un retrato mucho más rico de su vida emocional (una corta nota al final del texto indica que Radkau pudo acceder a esa correspondencia mediante copias de las transcripciones preparadas originalmente en Heidelberg para el Max Weber Forschungsstelle [Instituto de Investigación Max Weber], una de las instituciones que participan en la edición de las *Gesamtausgabe*, aunque los detalles del escamoteo de esa primicia no quedan del todo claros).

Sean cuales sean los parámetros que se utilicen, se trata, pues, de una obra importante, aunque también algo excéntrica. La tesis vertebradora de Radkau es que la «naturaleza» constituye «el eslabón perdido, buscado frecuentemente en vano, entre la vida y la obra de Weber». Como explica en su Introducción:

Quiero presentar la vida de Weber en tres actos, en los que la naturaleza genera el suspense dramático. Una descripción al estilo de un mito, o mejor aún: un tipo ideal. ¿Por qué no aplicar el método de Weber a él mismo? De él hemos aprendido precisamente que necesitamos tipos ideales para captar la realidad.

Debemos entender aquí la «naturaleza» en el sentido más amplio posible, como «todo lo dado»: no sólo lo opuesto a la cultura producida, sino todo lo que encontramos como límites (con frecuencia ininteligibles) a nuestras acciones, ya venga impuesto desde fuera o desde dentro. La «pasión» del subtítulo del libro —*die Leidenschaft des Denkens*— debe entenderse también como «porción de la naturaleza en el ser humano». Aún más significativa para Radkau es la connotación de madre naturaleza, encarnada diversamente en las figuras de la madre, la esposa y las amantes de Weber: la pianista suiza Mina Tobler y sobre todo Else Jaffé, *née* von Richthofen, hermana de la mujer de D. H. Lawrence. Estas relaciones desempeñan un papel central en la estructuración de la narración. Radkau también utiliza en su apoyo las pruebas estadísticas: entre varias palabras clave, «tipo ideal» aparece 187 veces en la versión digitalizada de las obras de Weber; «carisma» y «carismático», más de mil veces; «técnica / tecnología» y «técnico», 1.145 veces; pero «naturaleza», junto con sus asociados y derivados, aparece 3.583 veces.

La propia evolución de Radkau proporciona una nueva clave para este enfoque. Nació en 1943 cerca de Bielefeld, Westfalia, y tras presentar una tesis doctoral en 1970 sobre la emigración de la República de Weimar a

Estados Unidos se interesó por la ecohistoria, publicando obras sobre la energía nuclear, la industrialización alemana y la tecnología de la madera, al tiempo que ocupaba desde 1980 una cátedra de Historia en la Universidad de Bielefeld. En 1998 publicó una amplia investigación sobre el discurso y tratamiento de las «alteraciones nerviosas» durante el Segundo Reich, *Das Zeitalter der Nervosität: Deutschland zwischen Bismarck und Hitler* [*La era del desasosiego. Alemania entre Bismarck y Hitler*], argumentando que el fracaso en la resolución de ese malestar social desempeñó una parte importante en la nazificación de la sociedad alemana. En la figura de Weber parece haber encontrado una vía alternativa, una resolución potencial de las contradicciones de la *misère* alemana: en 1920 el pensador descubre finalmente la paz que se le iba escapando inexorablemente a sus contemporáneos, aunque su muerte prematura le impidiera gozar largamente de ella.

La metáfora de la naturaleza puede parecer un acercamiento muy poco prometedor a un pensador tan concentrado en la dimensión específicamente cultural –y en concreto política– de la vida humana. Incluso en las obras en las que la atención de Weber se dirige al mundo premoderno, se muestra más interesado por las formas en que los hombres configuran y son configurados por sus sociedades que por su proximidad a lo orgánico; los profetas judíos de sus estudios sobre las religiones mundiales [*Weltreligionen*] vienen muy a cuento. Sin embargo, antes de llegar a los problemas más amplios, habría que decir en favor de Radkau que su planteamiento detectivesco, con la revelación de una clave tras otra apuntando a la solución general global, dota al libro de una convicción y coherencia que lo hace, pese a su longitud, fácilmente legible. El ritmo y la densidad de la prosa se ven constantemente modulados; las reflexiones académicas y las cuestiones técnicas dejan paso a alusiones literarias, la narración histórica se ve desplazada por el tono más coloquial de un seminario acogedor, introduciéndonos en una galería de la burguesía ilustrada alemana de finales del siglo XIX, que pugna precozmente por adecuarse a la industrialización tardía y la expansión imperialista, con el trasfondo de diversas cuestiones domésticas no resueltas; a esto sigue su arrogante entrada en la Gran Guerra, el desplome de sus esperanzas y la subsiguiente agitación política. Cabría señalar, no obstante, una limitación inicial: dados los vaivenes cronológicos del método de Radkau, la ausencia de un índice temático que complementa el onomástico supone un importante déficit.

Los tres actos de Radkau reciben su título de metáforas halladas en la presentación canónica de Marianne: «Violación de la naturaleza», «Venganza de la naturaleza» y «Liberación e iluminación» (*Erlösung und Erleuchtung*); su relación se podría entender, quizá curiosamente tratándose de un estudio sobre Weber, como eminentemente «dialéctica». El primer acto nos introduce en el hogar de su infancia y juventud, presidido por el mundano Maximilian Weber, vástago de una familia comerciante en ropa blanca y destacado funcionario nacional-liberal durante la cancillería de Bismarck.

Marianne lo describió como «típicamente burgués, satisfecho de sí mismo y del mundo» y fácil de complacer, muy distinto, pues, al temperamento combativo y volcánico de su hijo mayor. Pero la figura principal –al menos en cuanto se refiere a la vida afectiva del joven Max– era su madre Helene, convencida protestante de Turingia, que lo cuidó con desvelo durante un ataque casi fatal de meningitis. Una relación estrecha, casi antagónica con su hermano menor Alfred, nacido en 1868, configuró los siguientes años de infancia. En 1869, cuando Max tenía cinco años, la familia se trasladó desde Erfurt, en Turingia, a Berlín, que pronto iba a ser la capital rápidamente modernizada del nuevo Reich. Allí el círculo político de su padre le permitió a Max conocer la existencia de un mundo más amplio. En los tres semestres que cursó en Heidelberg desde 1882 dedicó, al parecer, gran parte de su tiempo a borracheras y duelos; se dice que a su regreso Helene abofeteó el rostro disoluto del joven estudiante. A continuación hizo un año de servicio militar en Estrasburgo, en la frontera occidental del Reich, donde con veinte años encontró un mentor político en su tío, el historiador Hermann Baumgarten, que tras participar como liberal en la revolución de 1848 había aceptado la medicina bismarckiana como cura para la «enfermedad nacional» alemana. Su hija Emmy, mentalmente trastornada, fue el primer amorío de Max.

Tras esas experiencias Weber regresó a Berlín en 1884; no volvería a dejar el hogar familiar hasta su matrimonio una década después. Fue bajo el techo de sus padres donde estableció por primera vez las pautas de trabajo compulsivo con las que pretendía mantener a raya su «molice». Sus tesis doctoral y posdoctoral sobre las compañías comerciales medievales –con un meticuloso examen de las fuentes españolas e italianas– y de la antigua sociedad agraria romana fueron seguidas por un formidable estudio empírico de la agricultura al este del Elba para la prestigiosa Verein für Sozialpolitik [Asociación de Política Social]. Durante este periodo, la «violación de la naturaleza», tal como la denomina Radkau, operaba a varios niveles diferentes. Intelectualmente, Radkau entiende como un abuso de la naturaleza la conferencia inaugural de Weber en 1894, en Friburgo, para hacerse cargo de una cátedra de economía política (resulta quizá curioso que uno de los fundadores de la sociología moderna nunca ejerciera un puesto en esa disciplina). En esa conferencia, descaradamente política, Weber pedía que se pusiera a la nación por encima de la economía: las haciendas de los *junkers*, atendidas cada vez más por mano de obra polaca barata, debían ser recolonizadas con campesinos alemanes nativos para salvar al Reich de la «polaquización», y si esto llevaba consigo la destrucción de la clase de los *junkers*, tanto peor para ellos. Radkau nos dice poco sobre el impulso nacionalista de ese argumento; lo que le inquieta es la forma en que lo presentaba Weber, asegurando que el peligro de una invasión polaca residía en la «grieta fisiológica» que los separaba de los alemanes. Esto era llevar la «naturalización» demasiado lejos y suponía una fuente de contradicciones insuperables para Weber. Su posterior «antinaturalismo», en opinión de Radkau, podría ser una reacción avergonzada frente a esa «defensa de la naturaleza de una forma manifiestamente científica».

Una segunda «violación de la naturaleza» se estaba produciendo entretanto en el terreno sexual. En 1893 Weber había abandonado culpablemente a la trastornada señorita Baumgarten para casarse con su prima lejana Marianne Schnitger. Radkau presenta un panorama de compromisos emocionales y románticos desiguales. La joven Marianne, que más tarde se convertiría en una destacada intelectual y autora de una historia feminista del matrimonio, cayó al parecer profunda y ciegamente enamorada. Max, más frío, se dirigía a ella con la apelación románticamente ambigua –para su clase y su época– de «camarada» y se preocupó de asegurarse una mayor disposición sobre su dote de lo que era entonces acostumbrado. Aquella unión iba a durar toda la vida, pese a que al parecer no llegó a consumarse debido a la impotencia de Max en el lecho nupcial (aunque no, como veremos, fuera de él). Siguiendo a Karl Jaspers, Radkau argumenta que los problemas sexuales de Weber durante este periodo contribuyeron notablemente a su posterior crisis nerviosa; constituyen «el hecho fundamental de la historia pasional de Weber». Fue también durante los primeros años de su matrimonio cuando la ya exigente rutina de Weber se consolidó en una «adicción compulsiva al trabajo» en la que otros han visto las causas de su colapso nervioso. Pero el catalizador dramático –y punto final del primer acto– fue la acusación enfurecida de Weber hacia su padre en noviembre de 1897, ante la familia reunida, de tratar de seducir a su mujer. El padre de Max murió pocos meses después, sin llegar a reconciliarse con su hijo. Radkau señala las dimensiones clásicamente edípicas del conflicto, pero, curiosamente, se abstiene de considerar su efecto en esos términos. Al verano siguiente Weber se hundió en una crisis mental.

El segundo acto, «Venganza de la naturaleza», presenta la caída de Weber en una depresión que alcanzó su punto más bajo en 1900, induciéndole a abandonar sus lecciones y pedir una baja permanente en la universidad, que le concedieron finalmente en 1903. Estaba poseído por un «daimon» (Radkau subraya la resonancia socrática) que le impedía dormir, con dolores de cabeza y en los miembros, incapacidad para trabajar y sueños húmedos recurrentes. Estos últimos fueron objeto de una intensa correspondencia entre Marianne y su suegra Helene, de la que Radkau se ocupa con detalle, quizá hasta hastiar al lector. «Tras una pausa de cinco semanas [...] en los últimos días de nuestro viaje y también esta noche de nuevo cuatro poluciones», escribía Marianne en un informe típico de 1903. Para Weber el peor tormento era el insomnio, que lo llevó a experimentar con varios tipos de píldoras y pociones somníferas, entre ellos la heroína. Radkau sugiere que el bromuro que Weber tomaba para su insomnio pudo ser responsable de su aparente impotencia, frente a las explicaciones freudianas que han ofrecido otros.

Las razones de la depresión han sido durante mucho tiempo tema de conjeturas para los especialistas en Weber, dada la ausencia de pruebas fiables (debida en parte a la destrucción por Marianne del despiadadamente sincero autoanálisis de Weber, escrito mientras se iba recuperando en 1907). Radkau dice que, antes de destruirlo, Marianne se lo envió a Jaspers, quien más tarde escribió que incluía un informe de la primera excitación sexual de Weber al recibir una azotaina de una niñera. Radkau argumenta que es

improbable que una sirvienta administrara un castigo de ese tipo al primogénito adolescente de una familia como aquélla, y sugiere que fue la madre de Max quien lo puso sobre sus rodillas. Mantiene, sin embargo, que el colapso tuvo menos que ver con sentimientos hacia su madre o su padre, o con el agotamiento por el trabajo excesivo, que con un fundamental y «violento desacierto sobre su propia naturaleza». La raíz del problema era el politicismo «antinatural» de Weber. «En realidad no había nacido para guerrero o gobernante [...] pero no quería admitirlo.» En este sentido, explica Radkau, podemos hablar de una «violación» masoquista de la naturaleza de Weber. Esta represión reaccionó ahora causando estragos. Weber buscó alivio en los viajes (con frecuencia a Italia, particularmente hacia el cambio de siglo), en experimentos vegetarianos y más tarde en visitas al reducto contracultural, decididamente *hautbourgeois*, del monte Verità, sobre el lago Maggiore, que según el anarquista suizo Fritz Brupbacher era «la capital de la internacional psicópata».

Radkau ofrece en su descripción de esta fase perspicaces hipótesis sobre las razones de la gran diversidad de intereses de Weber, dictados por los acontecimientos externos, pero íntimamente ligados también a su sufrimiento personal. Señala que su periodo de mayor preocupación por las cuestiones metodológicas fue también el de sus dudas más serias con respecto a su capacidad epistemológica personal. En 1903, formalmente liberado ya de todos sus deberes académicos, Weber se sintió capaz de asumir junto a Edgar Jaffé la dirección de una nueva revista, el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, que se iba a convertir en la cabecera predilecta de la sociología alemana hasta que fuera cerrada por Hitler. Las dos partes de *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo* fueron publicadas originalmente en esa revista, antes y después de una gira durante tres meses por Estados Unidos que llevó a los Weber desde Nueva York, las cataratas del Niágara y Chicago hasta Oklahoma, Carolina del Norte, Baltimore y Washington (sobre Chicago anotó: «Esta gigantesca ciudad [...] es como un hombre despellejado cuyas entrañas se pueden ver en funcionamiento»). En 1905 era ya muy evidente la recuperación de sus energías, cuando aprendió ruso en cuestión de meses para poder seguir más de cerca el desarrollo de la revolución.

En 1909 se abrió una «nueva era» en la vida de Weber, «una resurrección espiritual acompañada por una nueva sensación de bienestar corporal», simultánea con —pero según Radkau, aunque algunos recensores apresurados no lo hayan observado, no causada por— un breve encuentro romántico con la mujer de Edgar Jaffé, Else von Richthofen (pariente lejana del Barón Rojo). Antes de su matrimonio, Else, una de las cuatro únicas mujeres en la Universidad de Heidelberg, había sido alumna de Weber y había completado con él su tesis doctoral sobre la legislación fabril. Él la había ayudado a obtener su puesto como inspectora fabril de las obreras de Karlsruhe. Else fue —según Radkau, que la presenta como una auténtica encarnación de la «madre tierra»— el gran amor de Weber. Pero aquel amor duró poco. Poco después Else inició una relación con Alfred Weber,

más seguro de sí mismo sexualmente, por el que dejó a su marido; esta relación duró hasta la muerte de Alfred en 1958. Max, seducido y abandonado, buscó consuelo en la pianista Mina Tobler.

El tercer acto del estudio de Radkau, «Liberación e iluminación», detalla la recuperación de Weber a partir de 1910. En aquellos años forjó y perfiló con el mayor detalle algunos de sus conceptos más perdurables, como el «liderazgo carismático» y la «racionalización», además de redactar la monumental *Economía y sociedad* y *Die Wirtschaftsethik der Weltreligionen* [La ética económica de las religiones mundiales]; fueron también los años de la «controversia sobre los juicios de valor» en la sociología alemana y de su creciente compromiso político. Las intervenciones de Weber durante la guerra parecen contradecir la tesis de la «Liberación» de Radkau. Aunque se sintiera escéptico desde un principio con respecto a la política militar y diplomática del Reich, Weber compartía el entusiasmo popular: «Cualquiera que sea el resultado, esta guerra es formidable y maravillosa». Rechazó resueltamente la idea de que se podía haber evitado el conflicto. «La responsabilidad ante el juicio de la historia» exigía que Alemania se opusiera al reparto del poder mundial —y esto significa en último término el control sobre la naturaleza de la cultura en el futuro— entre los «funcionarios rusos» y «las convenciones de la “sociedad” anglosajona», quizá con una pizca de «razón» latina. «Teníamos que ser una potencia mundial, y a fin de tener voz y voto en el futuro del mundo tuvimos que afrontar el riesgo de la guerra», aunque con la presunción crucial de que la enorme fuerza económica de Estados Unidos se mantendría fuera del conflicto. Weber era partidario de una guerra corta con conquistas territoriales limitadas, aunque por razones económicas, no pacifistas: los elevados salarios en tiempo de guerra y los valores de renta fija amenazaban con perjudicar el espíritu competitivo del país y con él su vitalidad económica. El único objetivo territorial esencial, argumentó en un discurso público en 1916, el primero en dos décadas, era asegurar que Polonia quedara bajo la protección militar de Alemania.

La actividad de Weber se intensificó tras la rendición. Polemizó furiosamente con los espartaquistas, declarando en enero de 1919 que «Liebknecht debería estar en un manicomio y Rosa Luxemburg en el zoológico». Aunque condenó su asesinato (que tuvo lugar tan sólo once días después de sus declaraciones), eso difícilmente lo exculpa, como señala Radkau, de contribuir a la «brutalización de la demagogia política». Tampoco, como Radkau no señala, moderó su retórica: menos de dos semanas después reanudó sus ataques contra la revolución, afirmando que sólo se trataba de «la satisfacción del odio y el ansia de venganza». Esas exaltadas palabras fueron pronunciadas en Múnich, en la presentación en público de *Politik als Beruf* [La política como profesión], que junto con *Wissenschaft als Beruf* [La ciencia como profesión] es quizá el texto que más apoya la reputación actual de Weber como apóstol del liberalismo moderado. Fue el único participante no oficial en el Comité Constitucional de trece hombres que redactó lo que se iba a convertir en la Constitución de la República de Weimar, defendiendo enér-



gicamente la fórmula del liderazgo democrático plebiscitario, ese matrimonio desigual entre un débil parlamentarismo y la presidencia carismática de un «monarca elegido» que permitió finalmente a Hindenburg elevar a Hitler al poder. Como asesor de la delegación alemana que negoció el tratado de Versalles durante el verano de 1919, Weber propuso claramente el rechazo de aquella «paz vergonzosa», fueran cuales fueran sus consecuencias. Mommsen registra en su respuesta a principios de 1920 a un estudiante que, a despecho de Versalles, tenía como única preocupación «asegurar que Alemania vuelva a contar con un gran Estado Mayor».

Si tenemos en cuenta la dimensión de su biografía, el espacio que concede Radkau a este tumultuoso periodo resulta notablemente escaso. La Primera Guerra Mundial ocupa menos de veinte páginas, los debates constitucionales y *La política como profesión* menos de diez. El resultado de la guerra, según Radkau, iba a señalar el alejamiento de Weber de la política, y –pese a sus prolongadas y enérgicas intervenciones– lo iba a confirmar como esencialmente apolítico. «Max entró en política sin mucho entusiasmo, coherencia o resultados. “Weber” como político es más comedia que tragedia.» A finales de 1919 Weber reconoció por fin que «su camino no estaba en la *vita activa*, sino más bien en la *vita contemplativa*». Como prueba de tal conclusión inesperada ofrece una única formulación enigmática en *Economía y sociedad* sobre la «concentración enérgica en ciertas verdades». Reconciliado por fin con su propia naturaleza, negada durante tanto tiempo, Weber trató de disfrutar de una nueva y productiva fase académica, pero murió inesperadamente de neumonía el 14 de julio de 1920, a la edad de cincuenta y seis años.

La narración de Radkau pretende ofrecer razones convincentes tanto de la coherencia como de las discontinuidades en la «vida» de Weber. En su estructura hay, efectivamente, algo de *Commedia*, en un sentido dantesco: tras años de verse descarriado por los gritos callejeros de la política, el héroe, acompañado por su Beatrice, presta finalmente atención a la llamada interna más profunda de la ciencia y de su ética. Al mismo tiempo, el tropo organizador de la «naturaleza» está concebido con la suficiente amplitud como para permitir a Radkau ampliar su campo de visión mucho más allá del sentido convencional de la palabra: familia, nación, profesión, madre, esposa y amantes desempeñan en diferentes momentos el papel de «lo dado», aquello por lo que, o a causa de lo que, Weber sufre un exceso pasional que confirma lentamente su propia y auténtica naturaleza.

Radkau no teme extraer conclusiones más generales de su relato. Weber «se convirtió en la autoridad de una sociología que negaba sus propios orígenes naturalistas», e infiere que la recuperación de la auténtica complejidad del «naturalismo» de la vida y obra de Weber podría propiciar una reconsideración más amplia de las relaciones entre las ciencias sociales y naturales. Esto representa, como reconoce el propio Radkau, una revisión «weberiana», por decirlo así, de una tesis weberiana clásica, ya que Max, a diferencia de su hermano Alfred, combatió ferozmente el naturalismo en las

ciencias sociales. Sin embargo, Radkau argumenta de forma creíble que la preocupación real de Weber era defender la auténtica variedad de los fenómenos naturales, frente a una concepción dogmática de una naturaleza unitaria. Su legado no elimina necesariamente el tema de las ciencias sociales *per se*, sino que más bien abre la vía para un compromiso más matizado y realista con él. En este sentido, Radkau no ha escrito únicamente una biografía de Weber, sino que ha presentado una defensa de una contrahistoria oculta que es al mismo tiempo una propuesta para el futuro.

Esa fuerza, no obstante, es también el origen de la debilidad más seria de su estudio. El recurso excesivo a una ambigua metáfora «natural» lleva a Radkau a explorar insuficientemente explicaciones distintas, ni siquiera las sugeridas por su propia investigación. Da por buena la justificación del propio Weber del enfrentamiento con su padre, pese a presentar pruebas que apoyarían una explicación más clásicamente freudiana. Que su padre no fuera un «político en el sentido pleno, sino más bien un semiburócrata», del tipo que Weber desdeña en *La política como profesión*, indica una enemistad no resuelta que Radkau podía haber explorado más a fondo. Aunque su finalidad confesada es demostrar que la «naturaleza» es el eslabón perdido entre la vida y la obra de Weber, su biografía se ocupa mucho más de la primera. Los textos de Weber reciben distinta atención según se adecuen más o menos a la tesis central estructuradora. De forma parecida, la atención concedida a las «pasiones» se produce a expensas de un repaso de las tradiciones intelectuales dentro de las que y contra las que trabajó, lo que da lugar a algunas interpretaciones forzadas. Por ejemplo, el uso que Weber hacía de los experimentos mentales para inducir categorías abstractas que permitan la aprehensión empírica de una realidad que sin embargo no agotan –los «tipos ideales»– se presenta en gran medida en un registro transhistórico y casi naturalista, relacionado con el creciente aprecio de Weber hacia «el continuo que forman espíritu y naturaleza». El análisis en relación con otras metodologías sociológicas –como el desarrollo de la idea de «abstracción real» en la tradición marxista, seguramente una forma más rigurosa de construcción de conceptos– podría haber dado lugar a un repaso más satisfactorio de la importancia intelectual, más que personalmente afectiva, de este aspecto de su pensamiento.

Por encima de todo, lo que corre el peligro de desaparecer de escena es la importancia de la política en la vida y la obra de Weber. Radkau presta cierta atención a determinados acontecimientos y contextos políticos y deja de lado algunos de los pronunciamientos de Weber más desagradables para la sensibilidad actual. Sin embargo, la estrategia narrativa de Radkau y sus tesis organizadoras –quizá elegidos como contrapeso a la *Lebensbild* de Marianne, que comprensiblemente concedió mucha mayor atención a la dimensión pública de su marido y bastante menos a sus aventuras extramatrimoniales– hacen que las intervenciones políticas de Weber se utilicen demasiado a menudo para complementar la historia principal de su contienda con sus demonios íntimos. Hacia el final de esta investigación, la política aparece como lo que el héroe tuvo que superar a fin de llegar a ser él mismo. Radkau parece to-

mar las incursiones poco afortunadas de Weber en la política –intentando una alianza entre socialdemócratas y liberales, titubeando entre la retórica de izquierda y de derecha al finalizar la guerra, siendo derrotado en la delegación alemana en Versalles– como confirmación de que de hecho era «de profesión universitario», como declaró el propio Weber durante las polarizaciones de 1920, cuando la «demencia» dominaba la política «desde la izquierda hasta la derecha».

Pero en otro momento le había dicho a Mina Tobler que «la política» era su «amor secreto», y ésta desempeñó, obviamente, un papel más central en la vida de Weber –académica, pública y emocional– de lo que concede Radkau. El surgimiento del «carisma» en el vocabulario de Weber en el periodo inmediatamente anterior a la guerra, por ejemplo, estuvo muy relacionado con una situación subalterna disconforme respecto a la cultura política establecida por Bismarck, pero sin alternativas concretas; una revisión de este aspecto podría haberse solapado con, más que deducido de, su experiencia personal de la «gracia». El posterior desarrollo del «carisma» pudo tener lugar en el momento en que Weber se sentía bendecido por una «segunda oportunidad» con Else; pero fue también cuando Weber defendió la necesidad de un «líder carismático» capaz de ofrecer a Alemania una «tercera oportunidad».

La argumentación de Radkau de que la verdad de la vida de Weber se halla en la actitud «apolítica» que adoptó poco antes de su muerte se debería recibir con cierto escepticismo, como un cierre adecuado a su relato redentor del estilo de la *Commedia* de Alighieri. Se puede entender la actitud de Weber durante la primavera de 1920 como un acto eminentemente político, un rechazo olímpico a la polarización de fuerzas de clase en un momento revolucionario que dejaba poco margen para su propia estrategia hegemónica nacional-integradora. Si hubiera seguido vivo durante la década tumultuosa de la República de Weimar, es difícil creer que un veterano tan experimentado como él se hubiera resistido a la llamada interna de reiniciar la refriega. El zigzagueo de sus anteriores compromisos políticos, impulsos seguidos por retrocesos defensivos, sugiere que esta hipótesis es al menos tan probable como un «ciclo de la naturaleza» autorreafirmante. Puede que Radkau haya intentado aquí convertir lo contingente en necesario.

Pero su sugerencia de que el «auténtico» Weber es el académico y no el político forma parte integral de influyentes interpretaciones actuales. Esas lecturas, incapaces de negar las ingentes pruebas reunidas tras la intervención de Mommsen, intentan hacer prevalecer las habituales matizaciones, ya utilizadas para la integración de algunos de los pensadores alemanes modernos menos democráticos en la conciencia liberal transatlántica. Fueran cuales fueran sus anteriores errores –así se presenta la historia–, el «gran» Weber es la voz de una ética equilibrada de responsabilidad científica sobre la que flota una ética más inestable de convicciones políticas; se trata de un tipo particular de *Lebensbild* que sus partidarios no vacilan

en ofrecer como modelo contemporáneo. La urdimbre y la trama de toda esta biografía, no obstante, ofrece suficientes pruebas de que una de las «naturalezas» propias de Weber, uno de los «demonios» bajo cuyos tormentos sufrió hasta el final, era la de su propia fracción de clase. Weber, un burgués ilustrado neurótico como muchos de sus contemporáneos –excepcional en la envergadura de su sufrimiento, más que en el tipo de éste–, compartió su frustración ante la incapacidad del Reich para resolver las contradicciones de la *Sonderweg* [vía especial] alemana y para materializar su auténtica naturaleza histórico-mundial, como portador de una modernización racionalizada capaz de eclipsar a sus competidores imperialistas. Weber puede ser recordado por la forma sofisticada que dio a esa pasión; la ciencia era para él una prolongación de la política por otros medios, mientras que la eficacia política –a juzgar por sus hechos más que por sus palabras– era el fin en el que la ciencia hallaba su justificación última. «Todos somos “políticos ocasionales” que tratamos de influir sobre la distribución de poder dentro de y entre las estructuras políticas», dijo al presentar *La política como profesión* en Múnich en 1918. Para Weber, como para Maquiavelo, todo dependía de saber reconocer las oportunidades del momento. Quizá ésta sea la caracterización más precisa del «eslabón perdido» entre su vida y su obra, pero no es la que uno puede encontrar en esta voluminosa pero desencaminada obra. Pese a lo cual, en la Alemania de la *große Koalition*, el héroe «renaturalizado» de Radkau –que trasciende el conflicto político para hallar consuelo en la vida personal y mística– se encontraría, evidentemente, muy cómodo.